IGLESIA ANGLICANA ORTODOXA



James II y los Siete Obispos

J. C. RYLE

James II y los Siete Obispos



El reinado de James II es un periodo de la historia inglesa que ha dejado una huella mayor en este país que cualquier otro periodo desde la Reforma. Es un periodo al que debemos nuestras libertades civiles y religiosas, y el mantenimiento de nuestro protestantismo, y como tal merece la atención de todo inglés de corazón sincero. En este artículo me propongo ofrecer un esbozo general de los principales acontecimientos del reinado de James II y un relato más particular del famoso juicio de los Siete Obispos. Si todo el tema no arroja una luz amplia y clara sobre nuestra posición y nuestros deberes en la actualidad, entonces es que estoy muy equivocado.

El reinado de Jacobo II fue singularmente corto. Comenzó en febrero de 1685 y terminó en diciembre de 1688. Por corto que fuera su reinado, no es exagerado decir que contiene una lista más vergonzosa de acciones crueles, estúpidas, injustas y tiránicas, de las que sólo el soberano puede ser considerado responsable, que el reinado de cualquier monarca constitucional de esta tierra, con la única excepción de María la Sangrienta. Es un reinado, de hecho, en nuestros anales ingleses sin una sola característica redentora que observar. No encontramos ni una sola gran victoria que despierte nuestros sentimientos patrióticos; ni un solo estadista o general de primera clase, y apenas un obispo aparte de Ken y Pearson, despierta nuestra admiración; por otra parte, el majestuoso nombre de Sir Isaac Newton entre los hombres de ciencia está casi solo. Había pocos gigantes en el país. Fue una época de mediocridad; no fue una época de oro, ni de plata, ni de latón, ni de hierro, sino de plomo. Nos alejamos de la imagen con vergüenza y disgusto, y permanece en nuestra memoria como una imagen en la que no hay luz y todo es sombra.

La principal explicación de este reinado singularmente vergonzoso hay que buscarla en el hecho de que James II era un miembro de la Iglesia de Roma de mente estrecha, obstinado, celoso y cabal. Tan pronto como ascendió al trono se rodeó de sacerdotes y consejeros papistas, y sólo confiaba en los papistas. Un mes después de su ascensión, dice Evelyn en su diario, "los romanistas pululaban por la Corte con más confianza que nunca se había visto en Inglaterra desde la Reforma[1]". En su coronación se negó a recibir el Sacramento según los ritos de la Iglesia de Inglaterra. Instaló una capilla papista en su corte y asistió a misa. No escatimó esfuerzos durante todo su reinado para fomentar la propagación del papismo y desalentar el protestantismo. Procuró la visita de un nuncio papista y se rebajó ante él como ningún soberano inglés lo había hecho desde los tiempos del rey Juan. Le dijo a Barillon, el embajador francés, que su primer objetivo era obtener para los romanistas el libre ejercicio de su religión, y luego, finalmente, darles la supremacía

[1] Knight, "Historia de Inglaterra", IV. 383.

absoluta[2]. Todo esto se hizo en un país que, poco más de un siglo antes, había sido liberado del papismo por los reformadores mártires, y bendecido con el protestantismo organizado por el reinado de Isabel. ¿Puede alguien asombrarse de que el Dios de la Providencia estuviera disgustado y se negara a mostrar la luz de su rostro sobre el país? El reinado de James II fue una época desgraciada y desacreditada en los anales de Inglaterra, porque el rey era un papista convencido.

La segunda explicación del carácter vergonzoso de los tiempos de James II se encuentra en la baja condición moral de toda la nación cuando llegó al trono. El desgobierno de Jacobo I y Carlos I, los procedimientos semipapistas del arzobispo Laud, la feroz guerra civil de la Mancomunidad, el férreo gobierno de Oliver Cromwell, el rebote hacia el libertinaje desenfrenado que siguió a la Restauración y al reinado de Carlos II, la miserablemente imprudente e injusta Ley de Uniformidad, la incesante persecución de la verdadera religión, bajo el pretexto de servir a Dios y hacer que los hombres tuvieran una sola mente, todas estas cosas habían dado su fruto natural. La Inglaterra de la época de James II era moralmente vil y estaba podrida hasta la médula. La Corte parece haber dejado de lado la decencia común, y haber considerado el adulterio y la fornicación como si no fuera ningún pecado en absoluto. La descripción que hace Evelyn de lo que vio en Whitehall la misma semana en que murió Carlos II es triste y repugnante. El domingo 1 de febrero de 1685 por la noche, Evelyn, al parecer, estaba en Whitehall. Una semana después dejó constancia de sus impresiones sobre la escena que presenció entonces: "Nunca podré olvidar el lujo inefable y la profanidad y, por así decirlo, el olvido total de Dios, siendo domingo por la noche. El Rey sentado y jugueteando con sus concubinas, Portsmouth, Cleveland, Mazarin, etc., un muchacho francés cantando canciones de amor en aquella gloriosa galería; mientras más de veinte de los grandes cortesanos y otras personas disolutas estaban en Basset alrededor de una gran mesa, con un banco de por lo menos dos mil en oro ante ellos". El lunes 2 de febrero, el rey sufrió una apoplejía.

Charles Knight (Historia de Inglaterra) dice verdaderamente: -

"El elevado espíritu público, el verdadero sentido del honor, que había caracterizado a los nobles y a la alta burguesía de Inglaterra durante la Guerra Civil, se perdió en el egoísmo, la mezquindad y el despilfarro de los veintiocho años que siguieron a la Restauración. Los traidores fueron incubados al sol de la corrupción. La más baja conveniencia había sido el principio rector de estadistas y abogados; el servilismo más abyecto había sido el credo principal de los teólogos. La lealtad llevaba siempre la librea de lo servil. El patriotismo ostentaba siempre las insignias de la facción. El grueso del pueblo no se conmovía por ningún resentimiento orgulloso ni por esperanzas ansiosas; seguía su curso de ocupación laboriosa, sin importarle mucho si estaba bajo un gobierno absolutista o constitucional, mientras pudiera comer, beber y divertirse. Se habían librado de la severidad puritana; y si la decencia era ultrajada en la Corte y ridiculizada en el escenario, había mayor licencia para las indulgencias populares".

Los principales estadistas eran con demasiada frecuencia completamente falsos y estaban dispuestos a aceptar sobornos. Los jueces eran, por regla general, criaturas mezquinas, corruptas e ignorantes de la Corte. La Iglesia de Inglaterra, que debería haber

[2] Si alguien lo duda, le remito a las Historias de Inglaterra, Hallam III. 73; Ranke IV. 216, 218, 219; Stoughton II. 108.

sido un baluarte contra la maldad, nunca se había recuperado de la pérdida suicida de su sangre vital causada por el Acta de Uniformidad en 1662, y era un cuerpo débil, tímido y servil. Los obispos y el clero, con algunas brillantes excepciones, eran muy diferentes de los Reformadores, y siempre estaban poco dispuestos a criticar a un hombre importante o a discutir el derecho divino de los reyes a hacer lo que quisieran. Los disidentes fueron aplastados contra el suelo por pequeñas restricciones intolerantes; y, entre multas, encarcelamientos y persecuciones, fueron poco capaces de hacer algo para enmendar los tiempos, y apenas pudieron mantener la cabeza fuera del agua.

Por último, pero no por ello menos importante, no debemos olvidar que durante al menos cien años Inglaterra había estado incesantemente expuesta a las incansables maquinaciones de los jesuitas. Desde la llegada de Isabel, esos conspiradores agentes del papado habían estado recorriendo mar y tierra para deshacer el trabajo de la Reforma y devolver a nuestro país a la esclavitud de la Iglesia de Roma. Disfrazados de todas las maneras posibles, y profesando cualquier cosa con el permiso y la dispensa del Papa, con el fin de lograr su objetivo, estos jesuitas durante los días de los Estuardo estuvieron trabajando incesantemente. Poner a los eclesiásticos contra los disidentes, a los calvinistas contra los arminianos, a las sectas contra las sectas, a los partidos contra los partidos, y así debilitar la causa protestante, era su único empleo constante. Cuántas de las amargas divisiones entre eclesiásticos y no conformistas, cuántas de las luchas religiosas que ensuciaron la primera parte del siglo XVII se deben a los jesuitas, creo que sólo el último día lo dirá. Sólo aquellos que lean las "Memorias de Panzani" o las "Tácticas de Roma" del decano Goode pueden hacerse una idea del daño que hicieron. En resumen, si alguna vez hubo una época en la historia moderna en la que un rey papista de Inglaterra pudiera promover el papismo y cometer actos de asombrosa crueldad e injusticia sin impedimento alguno, esa época fue el reinado de James II. Es imposible decir cuál habría sido el resultado final, con semejante rey y semejante campo de acción, si no hubiera ido demasiado rápido y se hubiera pasado de la raya. Dios, en su infinita bondad, tuvo piedad de Inglaterra y nos libró de sus malvados designios. Pero las cosas que hizo mientras reinó[3], y la singular manera en que al final se excedió en el juicio de los Siete Obispos y pérdida su trono, no deben ser olvidadas por ningún inglés que sea un verdadero protestante y ame a su país.

Hay cinco acontecimientos principales, o puntos destacados, en este reinado, que son especialmente dignos de recordar. Se suceden en orden regular, desde la ascensión de Jacobo hasta su abdicación. Un objetivo común subyacía a todos ellos; ese objetivo era derribar el Protestantismo y plantar el Papado sobre sus ruinas.

(1) La primera página vergonzosa en la historia del reinado de James II es su trato salvaje y brutal de los no conformistas y disidentes. Nuestro gran historiador, Macaulay, dice: "Odiaba a la secta puritana con un odio múltiple, teológico y político, hereditario y personal. Los consideraba los enemigos del cielo, así como los enemigos de toda autoridad legítima en la Iglesia y el Estado[4]". La pura verdad es que James, con toda su natural torpeza de carácter, tenía el suficiente sentido común para saber que durante muchos años los más decididos y celosos defensores del protestantismo habían sido los no conformistas, y que cuando los eclesiásticos, bajo el arzobispo Laud, se opusieron a la reforma de la Iglesia, los

[3] Aquellos que deseen familiarizarse con el reinado de Jacobo II, harían bien en estudiar Burnet, Hallam, Macaulay, Charles Knight, Ranke y la "Historia de la Iglesia de la Restauración" de Stoughton.

[4] Macaulay, I. 494

puritanos se convirtieron en los enemigos de la Iglesia. Laud se habían vuelto tibio, los no conformistas habían sido los enemigos más inveterados del papismo. Sabiendo esto, comenzó su reinado intentando aplastar por completo a los no conformistas. Si sus predecesores los habían castigado con varas, él intentó castigarlos con escorpiones. Si no podía convertirlos, los silenciaría con persecuciones, multas y encarcelamientos, y, como el Faraón, "haría sus vidas penosas" con duras medidas. Argumentó, sin duda, que si sólo podía callar a los no conformistas, pronto acabaría con la Iglesia de Inglaterra, y astutamente comenzó con el partido más débil. En ambos casos, afortunadamente, no contó con su anfitrión.

Sería una tarea interminable describir cómo los infelices no conformistas de aquella época eran convocados, multados, silenciados, expulsados de sus hogares y no se les permitía descansar ni la planta del pie. Dos imágenes bastarán para dar una idea del trato al que eran sometidos. Una imagen será tomada de Inglaterra, y la otra de Escocia. Cada imagen muestra cosas que ocurrieron con la sanción del Rey dentro de los tres meses siguientes a su llegada al trono.

La imagen inglesa es el llamado juicio de Baxter, el famoso autor de "El Descanso del Santo", un libro que es merecidamente honrado hasta el día de hoy. Baxter fue juzgado en Westminster Hall ante el detestable instrumento de James, el juez Jeffreys, en mayo de 1685. Se le acusó de haber publicado material sedicioso reflexionando sobre los obispos, en su "Paráfrasis sobre el Nuevo Testamento". No se podría haber hecho una acusación más absurda e infundada. El libro todavía existe, y cualquiera puede ver a simple vista que no había motivo para la acusación. Desde el comienzo del juicio quedó claro el sentido del veredicto. El Presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra se comportó como si fuera el abogado acusador y no el juez. Utilizó un lenguaje abusivo hacia el acusado, más propio de Billingsgate que de un tribunal de justicia, mientras que los abogados de la defensa eran amedrentados, silenciados y reprimidos, o bien interrumpidos con violentas invectivas contra su cliente. En un momento dado, el presidente del Tribunal Supremo exclamó: "Este es un viejo bribón que ha envenenado al mundo con sus doctrinas de Kidderminster. Animó a todas las mujeres y sirvientas a traer sus agujas y dedales para hacer la guerra contra el Rey de bendita memoria. ¡Un viejo bribón cismático! A ¡Un villano hipócrita!" Luego llamó a Baxter "un viejo cabeza de bloque, un villano ingrato, un perro engreído, terco y fanático". "¡Cuélguenlo!" dijo, "este viejo ha lanzado más reproches sobre la constitución y disciplina de nuestra Iglesia que los que se borrarán en cien años. Pero me encargaré de él, pues merece ser azotado por toda la ciudad". Poco después, cuando Baxter comenzó a decir unas palabras en su propia defensa, Jeffreys lo detuvo, gritando: "Richard, Richard, ¿crees que te escucharemos envenenar a la corte? Richard, eres un tipo viejo, y un viejo bribón; has escrito libros como para cargar un carro, cada uno tan lleno de sedición, yo diría de traición, como un huevo está lleno de carne. Si hubieras sido expulsado de tu oficio de escritor hace cuarenta años, habría sido feliz". No es necesario decir que en una corte como esta, Baxter fue inmediatamente encontrado culpable. Se le impuso una multa de quinientos marcos, que se sabía que no podía pagar; se le condenó a permanecer en prisión hasta que la pagara, y se le obligó a observar buena conducta durante siete años. Y el resultado del asunto fue que el santo autor de "El descanso del santo", un viudo pobre, viejo, enfermo y sin hijos, permaneció durante dos años en la cárcel de Southwark.

El cuadro escocés de los sufrimientos de los no conformistas bajo James II es aún más negro que el inglés. Lo tomaré sustancialmente de la historia de Wodrow y Macaulay. En el mismo mes en que Baxter fue juzgado, dos mujeres llamadas Margaret Maclachlan y Margaret Wilson, la primera una viuda anciana, la segunda una muchacha de dieciocho años, sufrieron la muerte por su religión en Wigtonshire, a manos de los esbirros de James II. Ambas eran mujeres piadosas, inocentes de cualquier delito salvo el de no conformidad. Se les ofreció la vida si abjuraban de la causa de los insurgentes y asistían al culto episcopal. Ambas se negaron y fueron condenadas a morir ahogadas. Las llevaron a un lugar de la orilla del estuario de Solway, un lugar en el que la marea desbordaba dos veces al día, y las ataron a estacas clavadas en la arena entre la pleamar y la bajamar. La mujer mayor fue colocada más cerca del agua, con la esperanza de que sus últimos agonías aterrorizaran a la más joven y la sometieran. El espectáculo era espantoso. Pero el valor de la joven superviviente no decayó. Vio cómo se ahogaba su compañera de fatigas y cómo el mar se acercaba cada vez más a ella, pero no dio señales de alarma. Rezó y cantó versos de los Salmos, hasta que las olas ahogaron su voz. Cuando hubo probado la amargura de la muerte, fue, por cruel misericordia, desatada y reanimada. Cuando volvió en sí, amigos y vecinos compadecidos le imploraron que se rindiera. "Querida Margarita", le gritaron, "sólo di: Dios salve al Rey". La pobre muchacha, fiel a su teología, jadeó: "Que Dios lo salve si es la voluntad de Dios". Sus amigas se agolparon alrededor del presidente, gritando: "Lo ha dicho, señor, lo ha dicho". "¿Tomará ella la abjuración?" él preguntó severamente. "Jamás", exclamó ella. "Soy de Cristo; dejadme ir". Y una vez más atada a la estaca, las aguas del Solway se cerraron sobre ella por última vez. Su epitafio puede verse hasta hoy en el cementerio de Wigton.

Tales fueron los tratos de James con los protestantes no conformistas al principio de su reinado. No voy a hacer ningún comentario al respecto. Estos dos ejemplos hablan por sí solos, y no son los únicos. La historia del asesinato de John Brown, de Priesthill, por Claverhouse, es tan triste como la de Margaret Wilson. No es de extrañar que la profunda aversión al episcopado esté arraigada en los corazones de los escoceses hasta el día de hoy. Nunca olvidan historias como la de Margaret Wilson. Incluso en Inglaterra me gustaría poder añadir que viles procesamientos como el de Baxter han suscitado alguna expresión de desaprobación por parte de los eclesiásticos ingleses. Pero, ¡ay! Si que durante una temporada, James persiguió y prosperó, y nadie se le opuso.

(2) La segunda página negra en la historia del reinado de James II es la detestable crueldad con la que castigó a los condados ingleses que habían tomado parte en la rebelión de Monmouth, en el otoño de 1685. Con respecto a esa miserable rebelión no puede haber, por supuesto, más que una opinión entre los hombres sensatos. Es vano negar que la breve insurrección, que terminó con la batalla de Sedgemoor, fue una enorme locura, además de un crimen. Todos sabemos cómo Monmouth, su infeliz líder, pagó por ello muriendo en el cadalso. Pero es igualmente vano negar que la ferocidad sanguinaria con la que James se vengó de todos los que habían favorecido la causa de Monmouth, o habían tomado las armas en su apoyo, no tiene parangón en los anales de la Historia inglesa.

Las acciones de ese monstruo militar, el coronel Kirke, inmediatamente después de la derrota y dispersión del ejército rebelde, superaron cualquier cosa que hayamos oído en el Motín de la India. En Taunton se dice que colgó al menos a cien de los llamados rebeldes en la semana siguiente a la batalla de Sedgemoor, y muchos sin ni siquiera una mínima

forma de un juicio. No pocas de sus desdichadas víctimas fueron descuartizadas y sus cabezas y miembros enviados a los pueblos vecinos para ser colgados con cadenas. "Se descuartizaron tantos cadáveres", dice Macaulay (I. 629), "que el verdugo bajo la horca llegó hasta los tobillos de sangre".

Pero incluso las diabólicas crueldades del coronel Kirke fueron superadas por las execrables sentencias del juez Jeffreys, cuando acudió a los tribunales de Hampshire, Dorsetshire y Somersetshire, dos meses después de la batalla de Sedgemoor. En Dorsetshire ahorcó a unos setenta, y en Somersetshire a no menos de doscientos treinta y tres. El número de los condenados a cadena perpetua ascendió a 541. La mayor parte de ellos eran pobres rústicos ignorantes, muchos de ellos hombres de carácter privado intachable, que habían tomado las armas bajo la idea de que el protestantismo estaba en juego; y murieron por el único delito de seguir a Monmouth, un aventurero político, durante unas pocas semanas. El Assize fue conocido durante mucho tiempo como el Assize sangriento. "En Somersetshire", dice Macaulay, "en el prado de cada gran pueblo que había proporcionado soldados a Monmouth, cadáveres tendidos traqueteaban al viento, o cabezas y cuartos de restos humanos clavados en postes, envenenaban el aire y hacían que el viajero enfermara de horror. En muchas parroquias, el campesinado ni siquiera podía reunirse en la casa de Dios sin ver el espantoso rostro de la calavera de algún vecino sonriéndoles en el porche". En Hampshire, Jeffreys llegó a condenar a muerte a una venerable anciana llamada Lady Lisle, de más de setenta años, sin más delito que el de dar cobijo temporal a un insurgente; y nada, salvo la indignada protesta del clero de Winchester, impidió que fuera quemada viva. Lord Feversham, el conquistador de Sedgemoor, y Lord Clarendon, cuñado del rey, intercedieron en vano por ella. A Jeffreys se le permitió hacer su voluntad, y ella fue decapitada en la plaza del mercado de Winchester.

Por toda esta abominable crueldad, James II debe ser siempre considerado responsable. Los viles agentes que derramaron esta sangre eran sus herramientas, y él sólo tenía que pronunciar la palabra y la obra de la muerte habría cesado. Hallam, el historiador, dice expresamente (III. 93) que el Rey fue el autor de todo este derramamiento de sangre, y que Jeffreys declaró después "que no había sido lo suficientemente sangriento para su patrón". Pero el verdadero secreto de la salvaje y detestable determinación del Rey era la de acabar con el Protestantismo mediante un reino de terror, y disuadir a los hombres de cualquier movimiento futuro en su favor. Y, después de todo, hay que decir la verdad. James era un miembro intolerante de una Iglesia que durante siglos se ha "embriagado con la sangre de los santos y los mártires de Jesús". Sólo siguió los pasos del duque de Alva en los Países Bajos; los de Carlos IX en la masacre de San Bartolomé; los del duque de Saboya en Piamonte, hasta que Cromwell interfirió y le obligó a cesar; y los de la odiosa Inquisición española. Una cosa es muy cierta, nunca hubo una pequeña insurrección tan despiadadamente sofocada con sangre como la rebelión de Monmouth fue sofocada por James el Papista. La sangre siempre deja una gran mancha. Un día descubrió a su costa que la sangre derramada por Kirke y Jeffreys con su aprobación había clamado al cielo y no había sido olvidada. Cuando el Príncipe de Orange desembarcó en Torbay, los condados occidentales se unieron a él y abandonaron a James.

(3) La tercera página negra en la historia del reinado de James II fue su audaz intento de amordazar el púlpito y cerrar la boca a todos los que predicaban contra el papismo.

En todas las épocas de la Iglesia, la predicación ha sido siempre el principal instrumento de Dios para exponer la verdad religiosa y frenar el error. La predicación fue uno de los principales medios por los que se llevó a cabo la gran obra de la Reforma en Inglaterra. La Iglesia de Roma lo sabe muy bien y, dondequiera que le es posible, siempre se ha esforzado por exaltar los ceremoniales y depreciar el púlpito. Para usar las pintorescas palabras del viejo Latimer: "Siempre que el diablo entra en una iglesia, su plan es gritar: 'Arriba las velas y abajo la predicación'". Junto a una Biblia abierta y libre, el mayor obstáculo para el progreso del papismo es un púlpito libre y la exposición pública de la Palabra de Dios. No podemos dudar ni por un momento que James II, como todos los papistas convencidos, sabía todo esto. Por lo tanto, no debemos sorprendernos de que en 1686 comenzara un ataque contra el púlpito inglés. Si lograba silenciar ese poderoso órgano, esperaba allanar el camino para el avance del papismo. "Se encargó de ello", dice Macaulay (II. 91) -

"Encargar al clero de la Iglesia oficial que se abstuviera de tocar puntos controvertidos de doctrina en sus discursos. Así, mientras sermones en defensa de la religión católica romana se predicaban todos los domingos y días festivos en la Capilla Real, a la Iglesia del Estado, la Iglesia de la gran mayoría de la nación, se le prohibía explicar y reivindicar sus propios principios".

William Sherlock, Maestro del Temple, fue el primero en sentir el desagrado real. Se le suspendió la pensión y fue severamente reprendido. John Sharpe, deán de Norwich y rector de St. Giles, se sintió aún más ofendido. En respuesta a un llamamiento de un feligrés, pronunció un animado discurso contra las pretensiones de la Iglesia de Roma. Compton, el obispo de Londres, recibió inmediatamente la orden de suspenderlo y, al oponerse a ello, él mismo fue suspendido de todas las funciones espirituales, y el cargo de su diócesis fue confiado a dos prelados de tiempo atrás llamados Spratt y Crewe. Compton ya era famoso por su aversión al papismo. Cuando James llegó al trono había declarado audazmente en la Cámara de los Lores que "la Constitución estaba en peligro". Bien podemos entender que James estuviera ansioso por suprimirlo (Ranke, IV. 277).

Singularmente, este procedimiento prepotente funcionó para bien. Por primera vez desde su ascenso al trono, Jacobo recibió un claro freno. Los ataques contra Sherlock, Sharpe y el obispo Compton despertaron el espíritu de todo el clero inglés. Predicar contra los errores del papismo se consideraba ahora un honor y un deber. El clero londinense dio un ejemplo que se siguió valientemente en todo el país. En todas partes se hizo caso omiso de la prohibición del Rey de tratar temas controversiales. Era imposible castigar un delito que cometían cada domingo miles de sacerdotes desde la isla de Wight hasta Berwick-upon-Tweed, y desde Land's End hasta North Foreland. Además, el espíritu de las congregaciones estaba completamente enardecido. En Londres vivían ancianos cuyos abuelos habían oído predicar a Latimer y habían visto quemar a John Rogers en Smithfield. Había otros cuyos padres habían visto decapitar a Laud por tratar de romanizar la Iglesia y perseguir a los eclesiásticos protestantes. Hombres como éstos estaban profundamente conmovidos y disgustados por el movimiento de Jacobo; y si el clero hubiera guardado silencio sobre el papismo, habrían resentido su silencio como infidelidad y pecado. Además, las imprentas, tanto en Londres como en Oxford y Cambridge, vertían un flujo constante de literatura antipapista y suministraban a todos los que sabían leer amplia información sobre todos los errores de la Iglesia de Roma. Tillotson, Stillingfleet, Sherlock, Patrick, Tenison, Wake, Fowler, Clagett y muchos otros escribieron numerosos tratados de todo tipo para

desenmascarar el papismo, que existen hasta el día de hoy, y que en su momento produjeron un inmenso efecto. Muchos de ellos se encuentran en los tres enormes folios llamados "Gibson's Preservative", y Macaulay calcula que en el Museo Británico hay hasta 20.000 páginas.

Todo el asunto es un ejemplo sorprendente del poder de Dios para sacar el bien del mal. El mismo paso por el cual este infeliz monarca papista pensó en silenciar a su enemigo más fuerte resultó ser el primer paso hacia su propia ruina. Hasta esa fecha parecía llevarlo todo por delante. A partir de esta fecha comenzó a caer. Desde el momento en que extendió su mano para tocar el arca, para interferir con la Palabra de Dios, para silenciar a sus predicadores, nunca prosperó, y cada paso sucesivo en su reinado fue en dirección descendente. Tal como Amán, quien se había atrevido a entrometerse con los siervos peculiares de Dios, así como este, cayó para nunca más levantarse.

(4) La cuarta página negra en la historia del reinado de James II es su invasión tiránica de los derechos de las dos grandes Universidades de Oxford y Cambridge en 1687.

La influencia de estos dos venerables cuerpos en Inglaterra siempre ha sido muy grande, y confío en que siempre serán gobernados de tal manera que nunca será menor. Pero no es exagerado decir que nunca fue tan grande como hacia finales del siglo XVII. A su lado no habían universidades ni colegios. King's College, Londres; University College, Durham; St. Aidan's; Highbury; St. Bees y Cuddesdon no existían. Oxford y Cambridge estaban solos. Eran las fuentes de todo el saber de la época, y la escuela de formación de todos los más hábiles teólogos y abogados, poetas y oradores del país. Incluso entre los puritanos sería difícil encontrar a un hombre capaz que no hubiera comenzado su carrera y adquirido sus primeros conocimientos en algún colegio de Oxford o Cambridge. En resumen, las dos Universidades eran el corazón intelectual de Inglaterra, y cada pulsación de ese corazón se sentía en todo el reino.

Todo esto, no necesitamos dudarlo, incluso la mente embotada de James II lo percibía claramente. Vio que tenía pocas posibilidades de romanizar Inglaterra hasta que pudiera apoderarse de las dos Universidades, y decidió intentarlo. Probablemente le animó a intentarlo la notoria lealtad a la Casa de Estuardo que Oxford y Cambridge siempre habían mostrado. Ambas universidades habían sufrido mucho por su adhesión al bando del rey durante las desgraciadas guerras de la Mancomunidad. Muchos directores de universidades habían sido desplazados y su puesto ocupado por uno de los puritanos de Cromwell. Owen había gobernado en Christ Church y Goodwin en Magdalen. Muchas arcas del Colegio estaban tristemente vacías en comparación con su estado en los viejos tiempos, habiendo entregado su plata para ser fundida en ayuda de Carlos I, y para comprar armas y municiones. Desde la Reforma, las dos Universidades habían mostrado la más servil sumisión a la Corona, habían mantenido con firmeza el derecho divino de los reyes y a menudo se habían acercado al trono con discursos llenos de fulgurante adulación. Creo que James se halagaba pensando que seguirían sometiéndolo todo a su voluntad, y soñaba con que en pocos años estarían completamente bajo el mando del Papa, y la educación de la joven Inglaterra estaría en manos de la Iglesia de Roma. Era una perspectiva grandiosa y embriagadora. Pero él no contaba con su anfitrión. Poco conocía el espíritu que aún le quedaba del Isis y Cam.

James abrió su campaña y cruzó el Rubicón atacando la Universidad de Cambridge. La ley era clara y nítida: ninguna persona debía ser admitida en ningún grado sin prestar el "Juramento de Supremacía" y otro juramento llamado "Juramento de Obediencia". Sin embargo, en febrero de 1687, se envió una carta real a Cambridge ordenando que un monje benedictino, llamado Alban Francis, fuera admitido como Maestro de Artes. Entre la reverencia por el Rey y la reverencia por sus propios estatutos, los oficiales académicos se vieron naturalmente en una posición desconcertante. Para su infinito crédito, tomaron el camino correcto y se negaron firmemente a admitir al candidato del Rey a menos que prestara juramento. El resultado fue que el Vicerrector de Cambridge fue llamado a comparecer ante el Nuevo Tribunal de la Alta Comisión, presidido por Jeffreys, junto con los suplentes nombrados por el Senado. Cuando llegó el día, el Dr. Pechell, Vicerrector, un hombre sin especial vigor ni habilidad, acompañado de ocho hombres distinguidos, entre los que se encontraba el famoso Isaac Newton, compareció ante este formidable tribunal. Su caso era tan claro como la luz del día. Se ofrecieron a demostrar que no habían hecho nada contrario a la ley y a la práctica, y que sólo habían aplicado el sentido llano de sus estatutos. Pero Jeffreys no quiso oír nada. Trató a todo el grupo con tanta vulgar insolencia como si fueran delincuentes juzgados ante él en Old Bailey, y fueron expulsados del tribunal sin ser oídos. Pronto los llamaron y les informaron de que la Comisión había decidido privar a Pechell del Vicerrectorado y suspenderlo de todos los emolumentos a los que tenía derecho como rector de una universidad. "En cuanto a vosotros", dijo Jeffreys a Isaac Newton y a sus siete compañeros, con repugnante ligereza, "os envío a casa con un texto de las Escrituras: 'Id y no pequéis más, no sea que os sobrevenga algo peor'".

De Cambridge James pasó a Oxford. Aquí, hay que reconocerlo, comenzó sus operaciones con grandes ventajas. El papismo ya se había instalado en la ciudadela y tenía aliados en el corazón de la Universidad. Un católico romano llamado Massey había sido nombrado deán de Christ Church por designación de la Corona, y la Cámara se había sometido. El Colegio Universitario era poco mejor que un seminario romano por la perversión del rector, Obadiah Walker, hacia el papismo. La misa se decía a diario en ambos colegios. Pero este estado de cosas había causado un inmenso descontento en Oxford. Los estudiantes abucheaban a la congregación de Walker y cantaban baladas satíricas bajo sus ventanas sin la interferencia de los rectores. La carga de una de sus canciones se ha conservado hasta nuestros días, y usted podría haber oído en la noche en High Street, cerca de la antigua universidad, palabras como estas: -

"Aquí el viejo Obadiah

Canta Ave María".

En resumen, cualquier observador cuidadoso podría haber previsto que el sentimiento de Oxford hacia el Rey estaba experimentando un gran cambio, y que se necesitaría muy poco para crear un incendio.

Justo en esta crisis, el Presidente del Magdalen College murió, y se convirtió en el deber de los Fellows, de acuerdo con sus estatutos, elegir un sucesor, ya fuera de su propia sociedad o del New College. Con una asombrosa mezcla de insensatez y audacia, el rey recomendó a los miembros que eligieran para el puesto vacante a un hombre llamado Anthony Farmer, una persona de infame carácter moral, totalmente desprovisto de cualquier

derecho a gobernar un colegio; un borracho, un papista, y una persona descalificada por los estatutos de Waynflete, ya que no era ni miembro de New College ni de Magdalen. Para su infinito crédito, los miembros de Magdalen, por una abrumadora mayoría, se negaron a elegir al candidato del rey, decidieron enfrentarse a su disgusto y deliberadamente eligieron como presidente a un hombre llamado John Hough, un miembro de eminente virtud y prudencia. De inmediato fueron tratados con la mayor violencia, injusticia e indignidad. El Rey insistió en que aceptaran a otro Presidente de su propia elección, y les ordenó que aceptaran a una mezquina criatura de la Corte llamada Parker, Obispo de Oxford. Los miembros se negaron firmemente, diciendo que habían elegido legalmente a Hough y que no aceptarían a ningún otro presidente. En vano fueron amenazados e insultados, primero por el propio rey y luego por una comisión especial enviada desde Londres. Se mantuvieron firmes y no cedieron ni un ápice. Finalmente, la Comisión declaró a Hough intruso, lo destituyó de su presidencia y ordenó a los miembros que no reconocieran más su autoridad, sino que ayudaran a la admisión del obispo de Oxford. Fue entonces cuando el galante Hough dirigió públicamente a la Comisión las siguientes notables palabras: "Mis Señores, hoy me han privado de mi propiedad. Por la presente protesto contra todos sus procedimientos como ilegales, injustos y nulos, y apelo de ustedes a nuestro soberano Señor el Rey en sus Tribunales de Justicia". Sin embargo, a pesar de haber sido expulsado de su cargo por la fuerza, Hough fue respaldado por el sentimiento general de toda la Universidad y de casi todas las personas relacionadas con Magdalen. En la toma de posesión de su sucesor (Parker), sólo dos de los cuarenta miembros asistieron a la ceremonia. El portero de la universidad, Robert Gardner, tiró las llaves. El mayordomo se negó a tachar el nombre de Hough de los libros de registro. No se pudo encontrar ningún herrero en toda la ciudad de Oxford que pudiera forzar las cerraduras de la residencia del Presidente, y los comisarios se vieron obligados a emplear a sus propios sirvientes para abrir las puertas con barras de hierro.

Pero el asunto no acabó aquí. El día en que Hough fue expulsado de su presidencia y Parker instalado, los comisionados invitaron al vicecanciller de 1687 a cenar con ellos. El vicecanciller de ese año era Gilbert Ironside, alcaide de Wadham y posteriormente obispo de Hereford. Se negó. "Mi gusto", dijo, "difiere del coronel Kirke. No puedo comer con apetito bajo una horca". Los Académicos de Magdalen se negaron a sacar sus birretes al nuevo gobernante de Magdalen. Los Demies se negaron a realizar sus ejercicios académicos y a asistir a las conferencias, diciendo que estaban privados de su legítimo gobernador, y que no se someterían a ninguna autoridad usurpada. Se intentó sobornarlos ofreciéndoles algunas de las lucrativas becas declaradas vacantes. Pero un estudiante tras otro se negó, y uno que aceptó fue expulsado de la sala por el resto. A la expulsión de los becarios siguió la de una multitud de dementes. Pocas semanas después Parker murió, según algunos de mortificación y de un corazón roto. Fue enterrado en la antecapilla de Magdalen; pero ninguna lápida señala su tumba. Entonces todo el plan del Rey se llevó a cabo. El colegio se convirtió en un seminario papista, y Bonaventura Giffard, un obispo católico romano, fue nombrado presidente. En un día doce papistas fueron nombrados becarios. El servicio católico romano se celebró en la capilla, y toda la obra de violencia y expoliación se completó.

Tales fueron los tratos de Jacobo II con Oxford y Cambridge. Su flagrante injusticia sólo fue igualada por su grosera impolítica. En su furioso celo por el papismo, el rey se extralimitó por completo. Enajenó el afecto de las dos instituciones educativas más poderosas del país

y llenó los corazones de miles de las mentes más brillantes de Inglaterra con un profundo sentimiento de injusticia. Y cuando llegó el final, como ocurrió en dieciocho meses, se encontró con que ningún lugar abandonaba su causa tan fácilmente como las dos universidades inglesas de Oxford y Cambridge, sobre las que había cabalgado sin escrúpulos.

(5) La quinta página oscura en la historia del reinado de Jacobo II es su temerario intento de pisotear a la nobleza y la alta burguesía inglesas en los condados, y sustituirlas por serviles criaturas suyas que le ayudarían a llevar adelante sus designios.

Para entender esta maniobra del Rey equivocado, hay que recordar que quería conseguir una nueva Cámara de los Comunes, una Cámara que hiciera su voluntad y no se opusiera a sus planes romanizadores. Conocía Inglaterra lo suficiente como para saber que, desde los tiempos de Simón de Montfort, todo inglés inteligente ha concedido gran importancia a un Parlamento elegido. No había olvidado del todo la mano de hierro del Parlamento Largo en tiempos de su padre. Juzgó acertadamente que nunca tendría éxito en derrocar al protestantismo sin la sanción de una Cámara de los Comunes, y resolvió intentar obtener esa sanción.

"Habiendo decidido reunir un Parlamento", dice Macaulay, "Jacobo se puso a trabajar enérgica y metódicamente. Apareció una proclama en la Gazette" (a finales de 1687) "anunciando que el Rey había decidido revisar las Comisiones de Paz y de Lugartenencia, y mantener en el empleo público sólo a aquellos caballeros que apoyaran su política." Al mismo tiempo, un Comité de Siete Consejeros Privados se reunió en Whitehall, incluyendo al Padre Petre, un jesuita ambicioso, con el propósito de "regular", como se le llamó, todas las corporaciones municipales en los boroughs.

"Las personas en las que Jacobo confiaba principalmente para obtener ayuda [continúa Macaulay] eran los Lord Tenientes. Cada Lord Teniente recibió órdenes escritas que le ordenaban ir inmediatamente a su condado. Allí debía convocar a todos sus diputados y a todos los jueces de paz, y plantearles una serie de interrogatorios formulados con el fin de averiguar cómo actuarían en unas elecciones generales. Debía anotar sus respuestas por escrito y transmitirlas al Gobierno. Debía proporcionar una lista de los romanistas y disidentes protestantes mejor cualificados para ocupar cargos de magistrados y para el mando de la milicia. También debía examinar el estado de todos los distritos de su condado y elaborar los informes necesarios para orientar a la junta de reguladores de Londres. Y se dio a entender a cada Lord Lugarteniente que debía desempeñar estas funciones él mismo, y no delegarlas en ninguna otra persona".

El primer efecto de estas órdenes audaces e inconstitucionales podría haber abierto los ojos de cualquier rey con sentido común. El espíritu de los antiguos barones que se reunieron en Runnymede demostró no estar extinguido. Incluso antes de ese momento, el duque de Norfolk se había detenido a la puerta de la capilla populista a la que acudía Jacobo, y cuando éste protestó diciendo: "El padre de Vuestra Gracia habría ido más lejos", había replicado audazmente: "El padre de Vuestra Majestad no habría ido tan lejos". Pero ahora se hizo evidente que muchos otros pares, además del Duque de Norfolk, eran protestantes hasta la médula. La mitad de los Lord Tenientes de Inglaterra se negaron con unanimidad a hacer el trabajo sucio del Rey y a rebajarse al odioso servicio que se les imponía. Fueron

destituidos de inmediato, y hombres inferiores, de conciencia más flexible y maleable, ocuparon sus puestos con horcas.

La lista de nobles de alta alcurnia que se resistieron a la voluntad del Rey en esta memorable ocasión es incluso ahora muy notable, y merece ser recordada. Un gran nombre sigue a otro en gran sucesión en las páginas de Macaulay, hasta que uno casi se queda sin aliento al ver la locura del Rey. En Essex, el conde de Oxford; en Staffordshire, el conde de Shrewsbury; en Sussex, el conde de Dorset; en Yorkshire, el duque de Somerset en East Riding y lord Fauconberg en North Riding; en Shropshire, lord Newport; en Lancashire, el conde de Derby; en Wiltshire, el conde de Pembroke; en Leicestershire, el conde de Rutland; en Buckinghamshire, el conde de Bridgwater; en Cumberland, el conde de Thanet; en Warwickshire, el conde de Northampton; en Oxfordshire, el conde de Abingdon; en Derbyshire, el conde de Scarsdale; y en Hampshire, el conde de Gainsborough - todos fueron enviados sumariamente a la derecha; ¿y por qué? Sencillamente, como todo el mundo sabía, porque preferían la buena conciencia al favor de la Corona, los principios al lugar, y el protestantismo al papismo. Las gallardas palabras del Conde de Oxford, que fue expulsado en Essex, cuando el Rey le exigió una explicación de su negativa a obedecer, expresaron los sentimientos de todos: "Señor, apoyaré a Vuestra Majestad contra todos los enemigos hasta la última gota de sangre; pero esto es una cuestión de conciencia, y no puedo cumplir".

Difícilmente puede concebirse un acto de ingratitud más vil que este movimiento de James. La mayoría de los nobles a los que destituyó eran representantes de grandes familias que, en las guerras de la Mancomunidad, hicieron inmensos sacrificios por la causa de su padre. Algunos de ellos, como el conde de Derby, podían hablar de padres y abuelos que habían muerto por el rey Carlos. Muchos de ellos podían mostrar espadas y cascos colgados sobre sus chimeneas isabelinas que habían sido mellados y abollados en la lucha contra las fuerzas parlamentarias en Edgehill, Marston Moor y Naseby. No pocos de ellos podían señalar castillos y salones en ruinas, parques despojados de su madera, arcas vaciadas de su contenido y propiedades tristemente empobrecidas en los días en que los Cavaliers luchaban contra los Roundheads. Y ahora, en cambio, el hijo del mártir Carlos, como le llamaban cariñosamente, se volvía contra ellos, pisoteaba sus sentimientos y les exigía que se tumbaran y le dejaran pisotear sus conciencias. No es de extrañar que resintieran profundamente la conducta del Rey. De un solo golpe destruyó el afecto de la mitad de los principales hombres de los condados ingleses, y de ser sus amigos pasaron a ser sus enemigos.

De hecho, la ingratitud del Rey sólo era igualada por su insensatez y mala política. Apenas se puso en marcha su nueva maquinaria para formar un Parlamento servil, se rompió y fracasó por completo. De todos los rincones del reino llegaban las noticias del fracaso. Los nuevos tenientes no pudieron hacer nada. Los Magistrados y los candidatos al Parlamento eludieron las investigaciones y se negaron a comprometerse a hacer la voluntad del Rey. Argumentos, promesas y amenazas fueron igualmente en vano. En las mentes de los hombres se había instalado la arraigada sospecha de que James quería subvertir el protestantismo y reintroducir el papado, y no cedían. Desde Norfolk, el Duque informó que de los setenta caballeros más importantes del condado, sólo seis tenían esperanzas de apoyar a la Corte. En Hertfordshire, los escuderos dijeron a lord Rochester que no enviarían al Parlamento a ningún hombre que votara a favor de eliminar las salvaguardias de la religión

protestante. La alta burguesía de Bucks, Shropshire y Wiltshire sostenía lo mismo. Los magistrados y tenientes adjuntos de Cornualles y Devonshire dijeron a lord Bath, sin disentir, que sacrificarían la vida y la propiedad por la Corona, pero que la religión protestante era más valiosa para ellos que ambas. "Y, Señor", dijo Lord Bath al Rey, "si Vuestra Majestad los destituye, sus sucesores darían la misma respuesta". En Lancashire, un condado muy romanista, el nuevo Lord Teniente informó que un tercio de los Magistrados se oponían a la Corte. En Hampshire la totalidad de los Magistrados, excepto cinco o seis, declararon que no tomarían parte en el gobierno civil o militar del condado mientras el Rey estuviera representado allí por el Duque de Berwick, un papista.

El resumen de todo el asunto es el siguiente. El ataque de Jacobo a la independencia de la aristocracia y la nobleza del condado fue un fracaso tan rotundo como su ataque al púlpito y a las universidades. Fue peor que esto. Sembró la semilla de la desafección hacia su persona de un extremo a otro de Inglaterra, y alejó de él a miles de hombres importantes que, en otras circunstancias, quizás le habrían apoyado hasta el final. Y el resultado fue que, cuando el Príncipe de Orange desembarcó en Torbay un año después, encontró amigos en la mitad de los condados de Inglaterra. Por la providencia suprema de Dios y su propia ceguera judicial, James allanó el camino a su propia ruina. "Los Thanes cayeron de él". La nobleza, una tras otra, lo abandonó, y quedó solo y sin amigos.

Llego ahora a la escena final del vergonzoso reinado del rey James, la acusación y juicio de los Siete Obispos. La importancia de ese acontecimiento es tan grande, y las consecuencias que se derivaron de él fueron tan inmensas, que debo entrar con cierto detalle en sus pormenores. Lo hago de muy buena gana porque hoy en día a veces se intenta tergiversar este juicio, colocar los motivos de los obispos bajo una luz equivocada y oscurecer las verdaderas cuestiones que estaban en juego. Algunos hombres hacen cualquier cosa en estos tiempos para confundir a la opinión pública, pervertir la historia y blanquear a la Iglesia de Roma. Pero yo me he propuesto investigar todas las autoridades que he podido encontrar sobre esta época. No tengo ninguna duda de cuál es el verdadero relato de todo el asunto. Y trataré de exponer ante mis lectores "las cosas como son".

El origen del juicio de los Siete Obispos fue una proclamación hecha por James II, el 27 de abril de 1688, llamada la "Declaración de Indulgencia". Se trataba de una Declaración que difería poco de la emitida en abril de 1687. Pero fue seguida de una "Orden del Consejo" por la que debía ser leída dos domingos seguidos, en el Servicio Divino, por todos los ministros oficiantes en todas las iglesias y capillas del reino. En Londres la lectura debía tener lugar los días 20 y 27 de mayo, y en otras partes de Inglaterra los días 3 y 10 de junio. Se ordenó a los obispos que distribuyeran copias de la Declaración en sus respectivas diócesis. El contenido de la Declaración era breve y sencillo. Suspendía todas las leyes penales contra los no conformistas. Autorizaba tanto a los católicos romanos como a los disidentes protestantes a celebrar su culto públicamente. Prohibía a los súbditos del Rey, so pena de disgusto, molestar a cualquier asamblea. Abrogó todas las leyes del Parlamento que imponían pruebas religiosas como requisito para ocupar cargos civiles o militares. A nosotros, que vivimos en el siglo actual, la Declaración puede parecernos muy razonable e inofensiva. Para la Inglaterra del siglo XVII tenía un aspecto muy diferente. Los hombres conocían la mano de la que provenía y veían la intención latente. Bajo el engañoso pretexto de la tolerancia y la libertad, el objeto de la Declaración era promover el papismo y dar licencia y campo libre a la Iglesia de Roma y a todos sus planes para reconquistar Inglaterra.

Esta famosa Declaración, podemos verlo a simple vista, colocó a los obispos y al clero en una posición de lo más incómoda. ¿Qué debían hacer? ¿Cuál era el camino del deber? Estaban completamente atrapados en los cuernos de un dilema. Si se negaban a cumplir los deseos del Rey, parecerían intolerantes, antiliberales y poco amables con los no conformistas, así como desleales, irrespetuosos y desobedientes con su soberano. Si cedían a los deseos del Rey y leían la Declaración, estarían ayudando a la propagación del Papado. La libertad que Jaime quería que proclamaran no era ni más ni menos que indulgencia hacia los jesuitas y toda la Iglesia de Roma. En resumen, se encontraban entre Escila y Caribdis, y no podían evitar ofender. Al negarse a sancionar la Declaración, sin duda disgustarían al Rey y tal vez irritarían a los disidentes. Consintiendo, ayudarían infaliblemente al Papa. Tal vez nunca los obispos y clérigos ingleses estuvieron en una posición tan difícil y desconcertante.

Los caminos de Dios, sin embargo, no son como los caminos del hombre, y la luz a menudo surge de la oscuridad en lugares donde no se esperaba. En esta coyuntura crítica, los no conformistas, para su honor eterno, se adelantaron y cortaron el nudo, y ayudaron a los obispos a tomar una decisión correcta. Los astutos hijos de los viejos puritanos vieron claramente lo que James quería hacer. Vieron que, bajo un engañoso pretexto de libertad, quería un punto de apoyo para una palanca que pondría Inglaterra patas arriba y destruiría la obra de la Reforma.

Al igual que el noble embajador romano ante Pirro, a quien se le mostró primero una bolsa de oro y luego un elefante, se negaron a ser sobornados de la misma manera que antes se habían negado a ser intimidados. No querían la indulgencia real, si sólo podía comprarse a expensas del protestantismo de la nación. Baxter, Bates, Howe y la mayoría de los no conformistas londinenses suplicaron al clero que se mantuviera firme y no cediera ni un ápice ante el Rey. El joven Defoe dijo a sus hermanos no conformistas: "Preferiría que la Iglesia de Inglaterra nos arrancara la ropa con multas y confiscaciones, a que los papistas cayeran sobre la Iglesia y los disidentes y nos arrancaran el pellejo con fuego y atados de leña[5]".

Oliver Heywood, un famoso no conformista de la época, dice claramente en su relato de los tiempos, "aunque a los disidentes se les había prometido la libertad, sabíamos que no era por amor a nosotros, sino con otro propósito. Oímos que el Rey había dicho que estaba obligado a conceder la libertad a aquellos a quienes su alma aborrecía[6]".

El resultado inmediato fue que se celebró una reunión del clero londinense y, tras mucho debate, en el que participaron Tillotson, Sherlock, Patrick y Stillingfleet, se decidió que la "Orden del Consejo" no debía ser obedecida. Nadie contribuyó más a este resultado que el Dr. Fowler, vicario de St. Giles, Cripplegate, un conocido Eclesiástico de trayectoria. Cuando el asunto aún pendía de un hilo y la votación final parecía dudosa, se levantó y dijo: "Debo ser claro. En mi opinión, la cuestión es tan simple que los argumentos no pueden arrojar nueva luz sobre ella y sólo pueden generar acaloramiento. Que cada uno diga Sí o No. Pero no puedo consentir que me obligue la mayoría. Lamentaría causar una ruptura de la unidad. Pero no puedo leer esta Declaración". Este audaz discurso cambió la balanza. Se redactó

[5] C. Knight. History, IV. 419.
[6] Obras de Heywood, I. 287.

una resolución por la que todos los presentes se comprometían a no leer la Declaración, y finalmente fue firmada por ochenta y cinco titulares en Londres.

Mientras tanto, el arzobispo de Canterbury, William Sancroft, se mostró a la altura de la emergencia. Era, por naturaleza, un hombre cauto, tranquilo y algo tímido, y la última persona en ser combativo y en pelearse con los reyes. Sin embargo, se presentó noblemente y estuvo a la altura de las circunstancias. Tan pronto como apareció la Orden en Consejo, convocó en el palacio de Lambeth a los pocos obispos, sacerdotes y laicos que se encontraban en Londres y se reunió con ellos. Se resolvió resistir al Rey y negarse a leer la Declaración. El Primado escribió entonces a todos los obispos ingleses de los que podía depender y les instó a venir a Londres de inmediato y unirse a él en una protesta y petición formales. Pero el tiempo apremiaba. No había ferrocarriles en aquellos días. Viajar era un trabajo lento. Dieciocho obispos, dice Burnet ("Own Times", III. 266), estuvieron de acuerdo con Sancroft. Pero con el mayor esfuerzo, sólo seis obispos pudieron llegar a Londres a tiempo para ayudar al Primado. Estos seis, con el arzobispo a la cabeza, se reunieron en Lambeth el 18 de mayo, sólo dos días antes del domingo fatal, cuando la Declaración del Rey iba a ser leída en Londres, y antes de la noche acordaron una petición o protesta en la que todos pusieron sus nombres.

Los nombres de los seis obispos que firmaron este notable documento, además de Sancroft, merecen ser conocidos y recordados. Fueron los siguientes: Lloyd de St. Asaph, Turner de Ely, Lake de Chichester, Ken de Bath y Wells, White de Peterborough, y Sir Jonathan Trelawney de Bristol. Es un hecho curioso que, con la única excepción de Ken, el autor de "Morning and Evening Hymns", ninguno de los siete hombres que firmaron la petición pueda ser considerado un hombre notable en ningún sentido. Ninguno, aparte de Ken, ha dejado huella en el mundo de la teología, ni vive como escritor o predicador. Ninguno de los siete podría ser nombrado al mismo tiempo que Parker, Whitgift, Grindal, Jewel, Andrews o Hall. Probablemente eran hombres respetables, dignos, tranquilos y chapados a la antigua de la Alta Iglesia; y eso era todo. Pero Dios ama ser glorificado usando instrumentos débiles. Independientemente de lo que fueran en otros aspectos, eran de la misma opinión al ver el peligro que amenazaba al protestantismo y en la determinación de defenderlo hasta la muerte. No fueron los celos de los disidentes, sino la aversión al papado, recuérdese, lo que impulsó su conducta y los unió (Ranke, iv. 346.). Todo honor sea para ellos. Han proporcionado una prueba irrefutable de que a los verdaderos, leales, honestos y anticuados miembros de la Alta Iglesia les disgustaba el papismo tanto como a cualquier escuela de la Iglesia.

La famosa petición que los Siete Obispos redactaron y firmaron en esta ocasión es un documento curioso. Es corto, y manso, y cauteloso, y algo torpemente compuesta. Pero los dignos compositores, sin duda, estaban presionados por el tiempo, y no tenían tiempo libre para pulir sus frases. Además, sabemos que actuaron bajo el mejor consejo, y tuvieron cuidado de no decir demasiado y no ofender innecesariamente.

"En sustancia (dice Macaulay) nada podría estar más hábilmente formulado. Toda deslealtad, toda intolerancia, fueron reverentemente rechazadas. Se aseguró al Rey que la Iglesia seguía siendo, como siempre, fiel al trono. También se le aseguró que los obispos, en el momento y lugar adecuados, como Lores del Parlamento y miembros de la Cámara Alta de la Asamblea, demostrarían que no carecían en absoluto de ternura por los escrúpulos

de conciencia de los disidentes. El Parlamento, tanto en el último reinado como en el actual, había declarado que el Soberano no era constitucionalmente competente para dispensar de estatutos en asuntos eclesiásticos. Por lo tanto, la Declaración era ilegal y los Peticionarios no podían, por prudencia, honor o conciencia, participar en la publicación solemne de una Declaración ilegal en la Casa de Dios y durante el Servicio Divino".

Por inútil e insulsa que nos pueda parecer la Petición, no debemos permitirnos equivocarnos en cuanto al significado latente del documento y el verdadero objetivo de los obispos al negarse a obedecer al Rey. Debemos hacerles justicia. Estaban plenamente convencidos de que la Declaración pretendía ayudar al papado, y estaban decididos a tomar partido y resistirse a ella. No sentían rencor hacia los disidentes ni deseaban continuar con sus exclusiones. Pero vieron claramente que toda la causa del protestantismo estaba en peligro y que, ahora o nunca, debían arriesgarlo todo para defenderla. Todo historiador que se precie de serlo, reconoce esto, y es vano tratar de adoptar cualquier otro punto de vista, a menos que estemos dispuestos a escribir la historia de nuevo. Una nube de testigos están de acuerdo en esto. Hay una masa abrumadora de pruebas que demuestran que la verdadera razón por la que los Siete Obispos decidieron oponerse al Rey, fue su determinación de mantener los principios de la Reforma y oponerse a cualquier movimiento hacia Roma. En una palabra, la causa por la que audazmente clavaron sus banderas al mástil fue la vieja y buena causa del Protestantismo contra el Papado. Todos, eclesiásticos o disidentes, lo sabían en 1688, y es una vergüenza que alguien intente negarlo ahora. La negación sólo puede considerarse un síntoma de ignorancia o deshonestidad.

Era bastante tarde el viernes 18 de mayo por la noche cuando esta Petición fue terminada y firmada, y el domingo 20 de mayo por la mañana, la Declaración Real tenía que ser leída en todas las iglesias de Londres. Por lo tanto, no había tiempo que perder. Armados con su documento, seis de los siete obispos (Sancroft tenía prohibido acudir a la Corte) se dirigieron al palacio de Whitehall y se entrevistaron con James II a las diez de la noche. El Rey recibió la Petición y la leyó con una mezcla de ira y asombro. Estaba profundamente disgustado y asombrado, y lo demostró. Nunca pensó que los obispos ingleses se opusieran a su voluntad. "No esperaba esto", dijo; "es un estandarte de rebelión". En vano Trelawney cayó de rodillas, diciendo: "Ningún Trelawney puede ser rebelde. Recuerda que mi familia ha luchado por la Corona". En vano Turner dijo: "¡Nos rebelamos! Estamos dispuestos a morir a los pies de su Majestad". En vano Ken dijo: "Espero que nos concedáis la libertad de conciencia que concedéis a toda la humanidad". Todo fue en vano. El Rey estaba completamente enfadado. "Sois trompeteros de la sedición", exclamó. "Id a vuestras diócesis y haced que se me obedezca". "Tenemos dos deberes que cumplir", dijo el noble Ken, "nuestro deber para con Dios y nuestro deber para con Vuestra Majestad. Os honramos: pero tememos a Dios". La entrevista terminó, y los obispos se retiraron de la presencia real, siendo las últimas palabras de Ken "Hágase la voluntad de Dios".

Antes de que saliera el sol en la mañana del sábado 19 de mayo, la Petición de los Obispos se imprimió como una hoja ancha y se vendió por todas las calles de Londres. No se sabe quién lo hizo, pero se dice que el impresor ganó mil libras en pocas horas. El entusiasmo fue inmenso en toda la metrópoli, y cuando llegó el domingo, al día siguiente, las iglesias estaban abarrotadas de multitudes expectantes, preguntándose qué haría el clero y si leerían la Declaración del Rey. No se les dejó mucho tiempo con la duda. De cien iglesias parroquiales en la ciudad y las libertades de Londres, sólo hubo cuatro en las que

se obedeció la Orden del Consejo, y en cada caso, tan pronto como se pronunciaron las primeras palabras de la Declaración, la congregación se levantó como un solo hombre y abandonó la iglesia. En la Abadía de Westminster, la escena fue recordada durante mucho tiempo por los chicos de la escuela de Westminster. En cuanto el obispo Spratt, que era entonces decano, un prelado mezquino y servil, empezó a leer la Declaración, los murmullos y el ruido de la gente que se agolpaba ahogaron completamente su voz. Temblaba de tal manera que los hombres vieron temblar el papel en su mano; y mucho antes de que terminara, la Abadía quedó desierta por parte de todos, con la excepción de los coristas y la escuela. Timothy Hall, un clérigo infame, que leyó la Declaración en St. Matthew's, Friday Street, fue recompensado por el Rey con el obispado vacante de Oxford. Pero compró su mitra muy cara. Ni un solo canónigo de Christ Church asistió a su toma de posesión, y ningún graduado acudió a él para ser ordenado.

Pasaron quince días, y el 3 de junio el ejemplo del clero londinense fue noblemente seguido en todas partes de Inglaterra. Los obispos de Norwich, Gloucester, Salisbury, Winchester y Exeter, que no pudieron llegar a Londres a tiempo para la Conferencia de Lambeth, habían firmado copias de la Petición y, por supuesto, se negaron a ordenar la obediencia a la Declaración. El obispo de Worcester se negó a distribuirla. En la gran diócesis de Chester, que incluía todo Lancashire, sólo tres clérigos la leyeron. En la enorme diócesis de Norwich, bastión del protestantismo, sólo se leyó en cuatro parroquias de un total de mil doscientas. En resumen, se hizo evidente que se había despertado un espíritu en todo el país que la Corte nunca había esperado, y que aunque los obispos y el clero fueran quebrantados, no se doblegarían. Quedaba por demostrar si el Rey podría doblegarlos. En la tarde del 8 de junio, los Siete Obispos, en obediencia a una citación del Rey, comparecieron ante él en Consejo en Whitehall. Acudieron provistos del mejor asesoramiento legal, y actuaron cuidadosamente sobre él. Se negaron serenamente a admitir nada que les incriminara, a menos que se vieran obligados a hacerlo por orden expresa del Rey. Fueron preguntados e interrogados sobre el significado de las palabras de su Petición, pero sus respuestas fueron tan cautelosas y juiciosas que el Rey no ganó nada con el interrogatorio. Se mantuvieron firmes en su postura y no retiraron su Petición, ni confesaron que se habían equivocado, ni se retractaron de su decisión sobre la Declaración. Al final se les informó de que serían procesados por difamación en el Tribunal de King's Bench, y al negarse, por consejo de sus abogados, a reconocer su comparecencia, fueron formalmente encarcelados en la Torre. Se emitió una orden de arresto y se ordenó que un barco los llevara río abajo.

Su encarcelamiento en la Torre fue el medio de provocar una entusiasta expresión de sentimientos en Londres, como, tal vez, nunca se haya igualado en la historia de la metrópoli. Desde muy temprano se supo que los obispos estaban ante el Consejo, y una multitud ansiosa había esperado durante mucho tiempo alrededor de Whitehall para ver cuál sería el resultado. Pero cuando los londinenses vieron a los siete ancianos prelados salir del palacio bajo una guardia de soldados y se enteraron de que iban a prisión (prácticamente) en defensa del protestantismo inglés, se produjo una escena de excitación casi indescriptible. Cientos de personas se agolparon a su alrededor mientras se dirigían a las escaleras de Whitehall, animándoles y expresándoles su simpatía. Muchos se lanzaron al barro y al agua hasta la cintura, bendiciendo y pidiendo su bendición. Decenas de barcas en el río llenas de gente les acompañaron hasta la Torre con ruidosas demostraciones de sentimiento. Incluso los propios soldados de guardia de la Torre se contagiaron y se

convirtieron en fervientes admiradores de sus prisioneros. Y cuando Sir E. Hales, el gobernador populista, intentó contenerlos, sus subordinados le dijeron que era inútil, pues sus hombres "estaban todos bebiendo a la salud de los obispos".

Los siete prelados permanecieron en la Torre durante una semana. Durante todo ese tiempo, el entusiasta sentimiento de admiración hacia ellos se encendió más y más, y aumentó más y más cada día. Eran casi idolatrados, como mártires que se habían negado a ceder ante un tirano papista, como Latimer y Ridley en tiempos de María. La Iglesia de Inglaterra subió un cien por ciento en la estimación pública. El episcopado nunca fue tan popular como esa semana. Multitudes de personas, incluyendo muchos de la nobleza, fueron a la Torre todos los días para presentar sus respetos a los venerables prisioneros. Entre ellos, una comitiva de diez destacados ministros no conformistas fue a expresar su simpatía, y cuando el Rey mandó llamar a cuatro de ellos y los increpó, respondieron audazmente que "consideraban un deber solemne olvidar las rencillas del pasado y apoyar a los hombres que defendieron la causa protestante". Incluso los presbiterianos escoceses se sintieron caldeados y conmovidos en favor de los obispos, y enviaron mensajes de simpatía y aliento. De todas partes de Inglaterra llegaban diariamente palabras de amabilidad y aprobación. En cuanto a los hombres de Cornualles, se sintieron tan conmovidos ante la idea de que su compatriota Trelawney corriera algún peligro, que se compuso una balada acorde con la ocasión y se cantó por todo el condado, de la que aún se conserva una parte[7].

---

[7] Se dice que la balada era la siguiente, pero es dudoso que alguna parte, excepto el estribillo, sea tan antigua como 1688: -

Una buena espada y una mano fiel
Un corazón alegre y verdadero;
Los hombres del rey James entenderán
Lo que pueden hacer los hombres de Cornualles
Y han fijado el dónde y el cuándo,
¿Y morirá Trelawney?
Entonces veinte mil hombres de Cornualles
Sabrán el porqué.

Coro.
¿Y despreciarán a Tre, Pol y Pen?
¿Y Trelawney morirá?
Aquí hay veinte mil hombres de Cornualles
Sabrán la razón.

Desafía a su capitán, valiente y audaz
Un alegre caballero era:
"¡Si la Torre de Londres fuera la fortaleza de Miguel, liberaremos a Trelawney!
Cruzaremos el Tamar de tierra a tierra,
El Severn no nos detendrá.
Todos lado a lado y mano a mano,
¿Y quién nos dirá que no?"

Coro.
¿Y despreciarán a Tre, etc…?

¿Y morirá Trelawney? ¿Y morirá Trelawney?
Entonces veinte mil niños de Cornualles sabrán la razón.

Incluso los mineros retomaron la canción y la cantaron con una variación

Entonces treinta mil bajo tierra sabrán la razón.

Un rey con más sentido común que James bien podría haberse tambaleado ante la asombrosa popularidad de los siete prisioneros episcopales, y de buena gana habría encontrado algún pretexto para abandonar el proceso. Pero, por desgracia para él, no tuvo la sabiduría de retroceder, y "siguió adelante furiosamente", como Jehú, y condujo a su propia destrucción. Decidió seguir adelante con la acusación. El 15 de junio, los Siete Obispos fueron llevados desde la Torre al Tribunal de King's Bench, y se les ordenó que se declararan culpables de los cargos presentados contra ellos. Por supuesto se declararon "no culpables". Esa quincena, el 29 de junio, fue fijada para su juicio, y mientras tanto se les permitió estar en libertad bajo palabra. Fue bueno para la Corona que no requirieran fianza. Veintiún pares del más alto rango estaban dispuestos a prestar fianza, tres por cada acusado, y uno de los disidentes más ricos de la ciudad había suplicado, como favor especial, que se le concediera el honor de ser el fiador del obispo Ken.

Al abandonar el tribunal para dirigirse a sus alojamientos, los obispos recibieron una ovación casi tan grande como cuando fueron enviados a la Torre. Las campanas de muchas iglesias se pusieron a repicar, y muchas de las órdenes inferiores que no sabían nada de las formas de la ley imaginaron que todo había terminado, y que la buena causa había triunfado. Pero, ignorante o inteligentemente, tal multitud se reunió alrededor de los prelados en Palace Yard, al punto que les resultó difícil abrirse paso entre sus amigos y admiradores. Ni por un momento pudo decirse que el pueblo no supiera por qué se había reunido. Un sentimiento común animaba a toda la masa, y ese sentimiento era el aborrecimiento del papismo y el celo por el protestantismo. Una simple anécdota de Macaulay demuestra cuán profundo era ese sentimiento.

"Cartwright, Obispo de Chester, un tímido adulador de la Corte, fue lo bastante tonto y curioso como para mezclarse con la multitud mientras sus nobles hermanos salían de la Corte. Alguna persona que vio su traje episcopal supuso que era uno de los acusados, y le pidió y recibió su bendición. Un espectador gritó: "¿Sabes quién te ha bendecido?" "Seguramente", dijo el hombre, "ha sido uno de los siete". "No", dijo el otro, "fue el obispo papista de Chester". Al instante, el enfurecido londinense rugió: 'Perro papista, retira tu bendición'".

Por fin, el 29 de junio, se celebró el siempre memorable juicio de los Siete Obispos, y fueron acusados ante un jurado de sus compatriotas en el Tribunal del Rey en Westminster. Probablemente nunca se había visto una multitud semejante en un tribunal de justicia. Sesenta pares según el diario de Evelyn, treinta y cinco según Macaulay, se sentaron cerca de los cuatro jueces y atestiguaron su interés por la causa. Westminster Hall, Palace Yard y todas las calles adyacentes estaban llenas de una multitud de gente que se hallaba en el más alto grado de ansiosa expectación. No puedo entrar en todos los detalles de aquel día tan reñido. Cómo desde la mañana hasta la puesta del sol se desarrolló la batalla legal, cómo los testigos de la Corona fueron interrogados y cuestionados, cómo triunfalmente

Somers, el cuarto abogado de los obispos, demostró que el supuesto libelo no era ni falso, ni difamatorio, ni sedicioso, cómo incluso los cuatro jueces estaban divididos en su opinión, cómo el jurado se retiró al anochecer para considerar su veredicto, y permaneció encerrado toda la noche con los criados de los acusados sentados en las escaleras para vigilar las puertas y evitar posibles sabotajes - cómo al final los doce miembros del jurado estuvieron a favor de la absolución excepto Arnold, el cervecero del rey, e incluso él cedió cuando el mayor de los doce dijo: "Miradme, me quedaré aquí hasta que no sea más grande que una pipa de tabaco antes de declarar culpables a los obispos" - cómo a las seis de la mañana el jurado se puso de acuerdo, y a las diez compareció ante el tribunal, y por boca de su presidente, Lord Halifax agitó su sombrero, y al menos diez mil personas fuera del tribunal lanzaron tal grito que el techo del viejo Westminster Hall pareció agrietarse - cómo la gente en las calles se contagió de la aclamación y la transmitió por todo Londres - cómo muchos parecían fuera de sí de alegría, y algunos reían y otros lloraban - cómo se dispararon cañones y repicaron campanas, y los jinetes galoparon en todas direcciones para dar la noticia de una victoria sobre el Papado - cómo el jurado apenas pudo salir del Hall, y se vieron obligados a estrechar la mano de cientos de personas que gritaban "Dios os bendiga, hoy nos habéis salvado a todos"; cómo al llegar la noche se encendieron hogueras y todo Londres se iluminó y se quemaron en efigie enormes figuras del Papa; todas, todas estas cosas están tan descritas en las ardientes palabras de la Historia pictórica de Lord Macaulay que no intentaré describirlas. Repasar el campo tan gráficamente ocupado por ese poderoso "maestro de las frases" sería tan insensato como dorar oro refinado o pintar el lirio. Baste decir que la gran batalla del Protestantismo contra el Papado se libró en este juicio, que se obtuvo una gran victoria, y que al enjuiciamiento y absolución de los Siete Obispos James II debió la pérdida de su Corona.

Porque nunca debemos olvidar que las consecuencias del juicio fueron enormemente grandes, y que de él se derivaron resultados con los que miríadas nunca soñaron cuando gritaron y vitorearon el 29 de junio. - A las veinticuatro horas del juicio salió de Inglaterra una carta hacia Holanda, firmada por siete importantes ingleses, invitando al Príncipe de Orange a venir con un ejército y derrocar a la dinastía Estuardo. Por fin había llegado la hora y se buscaba al hombre. - A las cuatro semanas del juicio, el arzobispo Sancroft, calentado y ablandado por los acontecimientos de mayo y junio, redactó una carta circular a todos los obispos de la Iglesia de Inglaterra, que es una de las cartas más notables jamás escritas por un arzobispo de Canterbury, y que nunca ha recibido la atención que merece. En esta carta ordenaba solemnemente a los obispos y al clero "que tuvieran una tierna consideración hacia nuestros hermanos los disidentes protestantes, que los visitaran en sus casas, que los recibieran amablemente en la suya y que los trataran con justicia siempre que se encontraran con ellos". Sobre todo, les encargó "aprovechar todas las oportunidades para asegurar a los disidentes que los obispos ingleses son real y sinceramente enemigos irreconciliables de los errores, supersticiones, idolatrías y tiranías de la Iglesia de Roma". Y, por último, les instaba a "exhortar a los disidentes a unirse a nosotros en ferviente oración al Dios de la paz por la bendita unión universal de todas las iglesias reformadas, tanto en casa como en el extranjero." ¡Maravillosa pastoral aquella! Bien le habría ido a la Iglesia de Inglaterra si Lambeth hubiera mantenido siempre un lenguaje similar, y no se hubiera enfriado y olvidado de la Torre. Pero fue uno de los primeros resultados del famoso juicio. - Por último, pero no menos importante, dentro de seis meses de la absolución de los obispos tuvo lugar la Gran Revolución, el monarca papista perdió su Corona y abandonó Inglaterra, y Guillermo y María fueron colocados en el trono inglés. Pero antes de que fueran

formalmente colocados en el trono, la famosa "Declaración de Derechos" fue solemnemente redactada y firmada por ambas Cámaras del Parlamento. ¿Y cuál era la primera frase de esa Declaración? Es una afirmación de que "el difunto rey James se esforzó por subvertir y extirpar la religión protestante, arrogándose el poder de prescindir de las leyes y comprometiendo y procesando a varios dignos prelados". ¿Y cuál era la última frase de la Declaración? Era el famoso Juramento de Supremacía, que contenía estas palabras: - "Declaro que ningún príncipe, persona, prelado, estado o potentado extranjero tiene, o debería tener, jurisdicción, poder, superioridad, preeminencia o autoridad, eclesiástica o espiritual, dentro de este reino. Que Dios me ayude". Tales fueron las consecuencias inmediatas del juicio de los Siete Obispos. Son de una importancia indecible. Destacan ante mis ojos en el paisaje de la historia inglesa, como el Tabor en Palestina, y ningún inglés debería olvidarlas jamás. Al juicio de los Siete Obispos debemos nuestra segunda liberación del Papado.

Me queda señalar tres lecciones prácticas que parecen desprenderse naturalmente de todo el tema.

(a) En primer lugar, el reinado de Jacobo II debería enseñar una lección a los gobernantes y estadistas ingleses, ya sean whigs o tories. Esa lección es el deber de no permitir que el Gobierno de este gran país vuelva a estar en manos de un papista.

Si esta lección no resalta claramente en la faz de la historia, como la escritura en el banquete de Belsasar, estoy muy equivocado. A menos que seamos hombres que no ven ni oyen, tengamos cuidado con los gobernantes papistas. Sabemos lo que eran en los días de la Reina María. Los probamos por segunda vez bajo James II. Si amamos a nuestro país, no volvamos a probarlos. No es posible que sean papistas honestos y concienzudos si no trabajan incesantemente para subvertir el protestantismo inglés y ponerlo todo patas arriba. No cedo ante nadie en el aborrecimiento de la intolerancia y la persecución religiosa. No tengo el menor deseo de retroceder el reloj y revivir discapacidades tan miserables como las de los Actos de Prueba y Corporaciones. Estoy muy contento con la Constitución tal como está, y con las leyes que prohíben que la corona de Inglaterra sea colocada sobre la cabeza de un papista. Pero espero que tengamos cuidado de que estas leyes nunca sean derogadas.

Algunos pueden pensar que soy alarmista por decir tales cosas. Pero digo claramente que hay muchas cosas en el panorama actual que incomodan a un hombre pensante. Me disgusta la influencia que ciertos conocidos teólogos católicos romanos están adquiriendo gradualmente entre las clases altas. Me disgusta la creciente disposición a hacer un ídolo de la mera "seriedad", a olvidar la historia y a suponer que Roma ha cambiado y que los papistas serios son tan buenos como cualquier protestante. Me disgusta el principio moderno, desconocido para los buenos y viejos puritanos, de que los Estados no tienen nada que ver con la religión, y que no importa si el soberano es protestante o papista, judío, turco, infiel o hereje. Veo estas cosas flotando en el aire. Confieso que me incomodan. Estoy seguro de que tenemos que estar en guardia y decidir que, con la ayuda de Dios, nunca permitiremos que el Papa gobierne Inglaterra de nuevo. Si lo hace, podemos estar seguros de que no tendremos más bendiciones de Dios. El ofendido Dios de la Biblia apartará Su rostro de nosotros, y nos despediremos por mucho tiempo de la paz en casa, de la influencia en el extranjero, de la comodidad en nuestras familias y de la prosperidad nacional. Una vez más, digo, movamos cielo y tierra antes de sancionar a un primer ministro papista o a

un rey papista. El 28 de enero de 1689, la Cámara de los Comunes resolvió unánimemente "que la experiencia ha demostrado que no es compatible con la seguridad y el bienestar de este reino protestante ser gobernado por un príncipe papista" (Hallam, III. 129). Ruego a Dios que esa resolución nunca sea olvidada, y nunca sea cancelada o expurgada.

(b) En segundo lugar, el reinado de Jacobo II debería enseñarnos una lección sobre los obispos y el clero ingleses. Esa lección es el deber de no olvidar nunca que la verdadera fuerza de la Iglesia oficial de Inglaterra reside en la fidelidad leal a los principios protestantes y en la oposición inquebrantable a la Iglesia de Roma.

Nunca fue la Iglesia de Inglaterra tan impopular como en los días de Laud, y nunca tan popular como en los días de los Siete Obispos. Nunca fue la Iglesia tan odiada por los no conformistas como lo fue cuando Laud se prestó a las manipulaciones de Roma, nunca tan amada por ellos como cuando los Siete Obispos fueron a prisión en lugar de ayudar al Papa. ¿Por qué cuando Laud fue encarcelado en la Torre pocas manos se levantaron en su favor, y pocos dijeron "Dios lo bendiga"? Sólo hay una respuesta: los hombres no confiaban en él y lo consideraban medio papista. - ¿Por qué fue que, cuando Sancroft y sus compañeros fueron llevados a la Torre cincuenta años después, el corazón de Londres se conmovió, y toda la Metrópolis se levantó para honrarlos? La respuesta es sencilla. Los hombres los amaron y admiraron porque se adhirieron al protestantismo y se opusieron a Roma.

(c) En último lugar, el reinado de Jacobo II debería enseñar una lección a todos los eclesiásticos leales. Esa lección es el deber de usar todos los medios razonables y legales para resistir la reintroducción del romanismo en la Iglesia de Inglaterra por medio del ritualismo extremo.

Es inútil negar que los tiempos lo exigen, y que hay una conspiración organizada entre nosotros para romanizar la Iglesia oficial de este país. Los obispos lo ven y lo lamentan en sus cargos. Los estadistas lo ven y no lo ocultan en sus discursos públicos. Los disidentes lo ven y señalan con el dedo. Los romanistas lo ven y se regocijan. Las naciones extranjeras lo ven y levantan las manos con asombro. Si esta vergonzosa apostasía va a prosperar y tener éxito o no, aún está por probarse. Pero una cosa, en todo caso, es cierta. No es momento de cruzarse de brazos y dormirse. La Iglesia de Inglaterra espera que todos sus hijos cumplan con su deber, y mucho, bajo Dios, depende de la acción de los laicos.

Es falso decir, como dicen constantemente algunos de los defensores del Ritualismo extremo, que los que se oponen a ellos quieren estrechar los límites de la Iglesia de Inglaterra y convertirla en la Iglesia exclusiva de un partido. Por mi parte, niego indignado la acusación. Siempre he admitido, y admito, que nuestra Iglesia es en gran medida amplia, y que en su seno hay cabida para honestos miembros de la Iglesia Alta, honestos de la Iglesia Baja y honestos de la Iglesia Amplia. Si a algún clérigo le gusta predicar con sobrepelliz, o celebrar la Cena del Señor semanalmente, o los servicios del Día de los Santos, o maitines diarios y vísperas, no tengo el menor deseo de interferir con él, aunque no pueda ver con sus ojos. Pero sostengo firmemente que la amplitud de la Iglesia tiene límites, y que esos límites son los Treinta y Nueve Artículos y el Libro de Oración.

La controversia y la lucha religiosa, sin duda, son cosas odiosas; pero hay momentos en que son una necesidad. La unidad y la paz son muy agradables; pero se compran demasiado

caras si se compran a expensas de la verdad. Hay una gran cantidad de palabrería infantil y débil hoy en día en algunos sectores acerca de la unidad y la paz, que no puedo reconciliar con el lenguaje de San Pablo. Es una pena, sin duda, que haya tanta controversia; pero también es una pena que la naturaleza humana sea tan mala como es, y que el diablo ande suelto por el mundo. Fue una pena que Arrio enseñara el error sobre la persona de Cristo, pero habría sido una pena mayor si Atanasio no se hubiera opuesto a él. Fue una lástima que Tetzel se dedicara a predicar las indulgencias del Papa, habría sido una lástima mucho mayor si Lutero no se hubiera opuesto a él. La controversia, de hecho, es una de las condiciones bajo las cuales la verdad en cada época tiene que ser defendida y mantenida, y no tiene sentido ignorarla.

De una cosa estoy muy seguro. Ya sea que los hombres se opongan o no al movimiento romanizador de estos días, si la Iglesia de Inglaterra una vez da formalmente unción legal a la revivida misa papista y al revivido detestable confesionario, la gente de esta tierra pronto se deshará de la Iglesia oficial de Inglaterra. Fiel a los poderosos principios de la Reforma, nuestra Iglesia se mantendrá y conservará su dominio sobre los afectos del país, y ningún arma formada contra nosotros prosperará. Infiel a estos principios, y volviendo a admitir al Papado, sin duda caerá, y ninguna cantidad de ceremonial histriónico y sensual evitará su ruina. Como Éfeso, que abandonó su primer amor, -como Tiatira, que permitió que Jezabel enseñara, -como Laodicea, que se volvió tibia, -su candelero será quitado. La gloria se apartará de ella. La columna de nube y fuego será quitada. Los mejores y más leales de sus hijos la abandonarán disgustados, y, como un ejército cuyos soldados se han marchado, sin dejar tras de sí más que oficiales y banda, la Iglesia perecerá, y perecerá merecidamente, por falta de Eclesiásticos.